

RECUERDOS DE MÉXICO...

Recuerdo a KEVIN, un niño de 11 años muy fuerte porque tiene que asumir que su padre es alcohólico, con lo que eso conlleva: mal comportamiento, agresividad, vida descontrolada, etc. Al estar con él me di cuenta de cómo puede influirte el tipo de vida de tu padre. A él sin embargo, le influyó para no imitar su comportamiento. Era un niño muy centrado, que quería seguir con sus estudios y sacar su vida adelante. Ayudaba mucho a su madre y entre los dos intentaban ayudar a su padre a superar el problema. Yo sentía que no doy suficientes gracias a Dios por tener los padres que tengo, por la fe y las actitudes que ellos me han transmitido, como es mi labor como hija ahora que se hacen mayores el apoyarlos y cuidarlos. También sentí que nosotros tenemos en nuestras manos la rienda de nuestra vida y que aunque nuestro entorno nos aboque a determinadas adicciones podemos vencerlas si realmente nos damos cuenta del daño que hacen.

Recuerdo a Doña María, una mujer mayor que estaba preocupada porque tenía una hija en el hospital. Tenía que estar pendiente de su marido, que estaba también enfermo y no había podido ir al hospital. Al estar con ella me di cuenta de lo fuerte que era, de la entereza que tenía, de cómo había podido sacar adelante a su familia. Sentí que no valoro lo suficiente la salud que tengo, que me quejo de cualquier pequeño dolor, cuando ellos eran capaces de soportarlo sin quejarse ni perder la alegría. También me di cuenta del gran apoyo que reciben por parte de la comunidad que le estaba ayudando económicamente para pagarse las medicinas.

Recuerdo a Lupita, una niña de ocho años que estaba encamada porque le habían operado y tenía las piernas escayoladas desde hacía treinta días. Los médicos tenían la esperanza de que pudiera andar. A mí me hizo ver la alegría que brotaba de su corazón a pesar del dolor que debía de tener, cómo llamaba la atención de la madre para que nos escuchara y cómo valoraba nuestra compañía. Yo sentía que no tengo derecho a quejarme como me quejo muchas veces por tener que hacer las cosas. Gracias a Dios tengo salud y puedo andar y valerme por mí misma. También me di cuenta qué poco valoro y prolongo los momentos de estar con los demás, de hablar, de compartir, siempre hay cosas más urgentes que atender, y no es así: lo primero son las personas que nos rodean y sus preocupaciones y dolores.

Rosa Hurtuna

